

¡ Recuerdo de mi amada !
Calma con tu presencia
De la funesta ausencia
Las penas, el terrible padecer.
Como en la tumba helada
Vé la fé nueva vida,
Así al alma oprimida
Muéstrase la esperanza del placer.

Ven, muéstrate en la pena
Que mi pecho devora,
Cual se muestra la aurora
Disipando la densa obscuridad.
Mi corazón serena,
Ahuyenta la amargura,
Y vuelvan de ventura
Los sueños á poblar mi soledad.

¡ Ven, imagen querida
De mi duelo en las horas !
¡ Vuélveme encantadoras
Las que de dichas tuvo el corazón !
Mientras lenta mi vida
Paso cubierta en luto
Te rendiré el tributo
De una lágrima ardiente de pasión.

DOÑA MARÍA JOSEFA MUJÍA

De un artículo que el señor René Moreno publicó en 1858 en la « *Revista del Pacífico*, » extractamos lo siguiente :

En la capital de Bolivia y en el seno de una familia distinguida existe solitaria una mujer, joven todavía y bella, cuyo talento y desgracias han llamado la atención en aquella República.

La historia de la señora Doña María Josefa Mujía es corta y sencilla. Dotada de clara y precoz inteligencia, hizo en su infancia sorprendentes progresos en su educación y en el estudio de varios idiomas. La muerte de su padre produjo en su alma el más profundo dolor, causándole el continuo llanto la pérdida de la vista á la edad de 14 años.

La familia, que ha tratado de dulcificar en lo posible á la pobre ciega su infortunio, le ha facilitado los medios de continuar sus entretenimientos literarios ; y su hermano Augusto era para ella unas veces el escribiente y otras el lector.

Augusto le había hecho formal promesa de no comunicar á nadie nada relativo á su secretaría literaria ; pero cierta vez, conmovido con una composición titulada *La Ciega*, la enseñó

á un amigo, y éste consiguió retenerla algunos momentos. El resultado fué que al día siguiente apareció en el *Eco de la Opinión*, no sin sorpresa y disgusto de la familia Mujía.

Estos versos leídos y releídos en todos los círculos de la capital produjeron gran efecto. Y Cortés, Tovar y otros poetas consagraron composiciones á su nueva hermana, la que contestó con dos poesías.

En el certamen que tuvo lugar en Sucre el 6 de Agosto de 1853, concurrió la señora Mujía con un entusiasta soneto á Bolívar.

En 1854 murió su hermano Augusto y la poetisa guardó largo tiempo silencio. Pero en 1857 volvió á pulsar la lira y la última composición de ella que conocemos es la que consagró á la memoria del Dictador Linares.

LA CIEGA

¡ Todo es noche, noche obscura !
Ya no veo la hermosura
De la luna refulgente,
Del astro resplandeciente
Tan sólo siento el calor.

No hay nubes que el cielo dora,
Ya no hay alba, no hay aurora
De blanco y rojo color.

Ya no es bello el firmamento,
Ya no tienen lucimiento
Las estrellas en el cielo ;
Todo cubre un negro velo,
Ni el día tiene esplendor.

No hay matices, no hay colores,
Ya no hay plantas, ya no hay flores,
Ni el campo tiene verdor.

Ya no gozo la belleza,
Que ofrece naturaleza,
Lo que al mundo adorna y viste ;
Todo es noche, noche triste
De confusión y pavor.

Doquier miro, doquier piso
Nada encuentro y no diviso
Más que lobreguez y horror.

Pobre ciega, desgraciada,
Flor en su abril marchitada,
¿ Qué soy yo sobre la tierra ?
Arca do tristeza encierra
Su más tremendo amargor ;

Y mi corazón enjuto,
Cubierto de negro luto,
Es el trono del dolor.

En mitad de su carrera
Y cuando más luciente era
De mi vida el astro hermoso,
En eclipse tenebroso
Por siempre se obscureció.

De mi juventud lozana
La primavera temprana
En invierno se trocó.

Mil placeres halagüeños,
Bellos días y risueños
El porvenir me pintaba,
Y seductor me mostraba

Por un prisma encantador.
Las ilusiones volaron
Y en mi alma sólo quedaron
La amargura y el dolor.

Cual cautivo desgraciado
Que se mira condenado
En su juventud florida
Á pasar toda su vida
En una horrenda prisión ;
Tal me veo, de igual suerte,
Sólo espero que la muerte
De mi tendrá compasión.

Agotada mi esperanza
Ya ningún remedio alcanza,
Ni una sombra de delicia
Á mi existencia acaricia ;
Mis goces son el sufrir :
Y en medio de esta desdicha
Sólo me queda una dicha,
Y es la dicha de morir.

AL SEÑOR D. MANUEL JOSÉ CORTÉS

Privó á mis hojos de la luz del día
Por horrible decreto airado el Cielo,
Y sumió el alma en triste desconsuelo
Quitándole el placer y la alegría.

Y sólo un corazón me ha dado en pago
Tierno, sensible, de pesares lleno,
Y ha derramado pródigo en mi seno
Amargas penas y dolor aciago.

Los días de mi bella primavera
Cubrió de espinas y de secas flores,
Y una existencia envuelta en mil dolores
Es el don que del cielo recibiera.

Cual planta solitaria en seca arena,
Lánguida, sin vigor, sin lozania,
Paso la vida en cruel, lenta agonía
Sintiendo del vivir la dura pena.

Cual rosa que en pedazos convertida
Es por la furia del granizo crudo ;
Cual débil caña que al chocar sañudo
Del terrible huracán es abatida :

El destino fatal así ha tronchado
De mi esperanza el árbol y ventura,
Y con ceño implacable y mano dura
Las flores de mi edad ha destrozado.

Por fin la suerte impía me condena
Vivir luchando así, con desventuras,
Y mi vida es un sueño de amarguras
Que á el alma tiene de congojas llena.

En medio de mis tormentos
Escucho tiernos acentos
Que han calmado mi aflicción,
¡ Son los ecos de una lira !
Se ensancha, late y suspira
Mi oprimido corazón.

¿ Será un vate de Helicon ?
Es un amigo que entona
Una sublime canción.
Con su grata melodía
Ha sentido la alegría
Mi oprimido corazón.

Ha hechizado mis sentidos
Y hecho cesar mis gemidos
Su armonioso y dulce son.
Ha calmado mi amargura,
Es un remedio que cura
Mi abatido corazón.

Pulsad siempre vuestra lira
Que á el alma placer inspira,
Amigo, sin dilación :
Será el riego y el rocío
Con que sienta fuerza y brio
Mi marchito corazón.

Á UN POETA ANÓNIMO

¿ Quién eres, cantor sublime
Cuya dulce melodía
Ha hechizado el alma mía
Con indecible placer ?
¿ Qué rui señor misterioso
Con voz de armonía llena
Á mi solitaria pena
Ha sabido responder ?

Escuchaste mis gemidos
Que á tu oído llevó el viento,
Y mi dolorido acento
Te ha enternecido tal vez ;
Y allá en tu mente inflamada
Cual ángel me pintas pura,
Y has fingido mi hermosura
En mi aliento y en mi tez.

Mas mira, mi triste imagen
En una cándida rosa,
Que aun lozana destrozó
El huracán bramador.
Son puros, si, mis suspiros
Y puro y blando mi aliento,
Porque mi pecho está exento
Del dardo impuro de amor.

No soy expatriado arcángel
Sino débil criatura,
Condenada á la amargura,
Cuyo destino es sufrir.
Canto y lloro mis pesares
Al son de mi triste lira,
Siento que el alma respira
Así en cantar y en gemir.

De espinas una corona
Puso Dios sobre mi frente
Y me ordenó tiernamente
Á que abrazara la cruz.
Y luego... sobre mis ojos
Puso un negro y denso velo
Y dijo : « Sigue en el suelo,
« Tú, las huellas de Jesús. »

Mas entre la obscura niebla
De esta noche asaz sombría,
Dióme una lumbre que guía
Mi débil é incierto pie.

Dióme de consuelo un faro,
El que á mi mente ilumina
Con celeste luz divina,
Y en este faro, la fé.

Y es verdad que ésta me muestra
Con sus rayos inmortales
Otros mundos celestiales
Que halagan mi corazón ;
Faro augusto y misterioso,
Que á su luz resplandeciente
El hombre en su interior siente
La divina inspiración.
